Congregazione dei Rogazionisti
Curia Generalizia
Via Tuscolana. 167 - 00182 Roma
Tel. 06.7020751 - Fax 06.7022917
e-mail: segrgen@rcj.org

Roma, 8 de diciembre de 2013

«LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO
llena el corazón y la vida entera
de los que se encuentran con Jesús.
Quienes se dejan salvar por Él
son liberados del pecado,
de la tristeza, del vacío interior,
del aislamiento.
Con Jesucristo siempre nace
y renace la alegría».
(Exhortación Apostólica EG 1)

Felicidades
para una Santa Navidad
y próspero 2014

A los Rogacionistas
A la Familia del Rogate

Estimados,

Mi felicitación de Navidad que os dirijo este año quiere ser un eco, simple y cordial, del renovado anuncio del Evangelio, que en muchas ocasiones y en diferentes formas recibimos por el Santo Padre Francisco.

Con este espíritu, en este inicio del tiempo fuerte del Adviento, acojamos juntos, con amor de hijos, la Exhortación Apostólica "La Alegría del Evangelio", que el Papa nos entregó con ocasión de la clausura del Año de la Fe.

Toda la Iglesia, y el mundo entero, miran hacia el Sumo Pontífice y a su testimonio fuerte y evangélico.

Somos especialmente admirados en ver que, aunque en medio de graves dificultades y grandes desafíos para la Iglesia, él nos conduce con constante serenidad y nos transmite un mensaje esperanzador lleno de confianza.

El Papa Francisco nos invita a volver al Evangelio, que es fuente de alegría.

Él nos exhorta a mirar hacia la próxima solemnidad de la Navidad y nos asegura: "Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría". Las palabras son expresión de la gran fe que lo mueve, a pesar de estar en medio de muchas fatigas y no pocos problemas, una fe que se manifiesta en sus palabras y en su sonrisa.

Demos gracias al Señor por habernos dado al Papa Francisco, oremos por él y dejémonos guiar por su ejemplo y su enseñanza.

La fe es nuestra identidad de cristianos y es también el cimiento de nuestra consagración religiosa.

Esta exigencia existencial, la de "recuperar el carácter luminoso propio de la fe…" (LF, 4), concierne a cada uno de nosotros, hombres y mujeres de este tiempo.

Somos llamados a ser la sal de la tierra y la luz del mundo, pero Jesucristo nos amonestó para que vigilemos, para que nuestra luz no se pierda en las tinieblas, y nuestra sal no pierda su sabor.

Bien, el Papa Francisco, con sus gestos y con palabras nos testimonia el amor de Dios Padre que se baja hasta nosotros, ensancha sus brazos para acogernos, nos espera, y viene a buscarnos.

Dios nuestro Padre, que nos creó a su imagen y nos ama como hijos, nos llama a todos, sin ninguna distinción de raza, cultura o religión, a entrar en su Reino universal y eterno. Nos toca a nosotros, los creyentes, testimoniar este amor de Dios y anunciarlo a los hermanos y hermanas que lo desconocen.

El Papa nos invita a llevar este mensaje fuera de nuestras iglesias, con un lenguaje simple, asequible a todos, y a llevarlo antes de todo en nuestra actitud de verdaderos creyentes.

Nuestro Dios es amor que perdona, amor misericordioso. Él "no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia".[1]

El Papa Francisco nos recuerda esta enseñanza, que abre a la confianza, que exhorta a volver a la casa del Padre, incluso cuando estamos en el sufrimiento, más bien, justamente a través del sufrimiento, ya que "muchas veces en nuestra vida las gafas que nos permiten ver a Jesús son las lágrimas. Hay un momento en nuestra vida en que sólo las lágrimas nos preparan para ver a Jesús".[2]

Dios nos ama con ternura, nos acaricia como lo hace un padre con sus hijos. Nos asegura el Papa: "puede parecer una herejía, pero es la verdad más grande: ¡más difícil que amar a Dios es dejarnos amar por Él! Esta es la manera para restituirle tanto amor: abrir el corazón y dejarnos amar. Dejarle que Él se haga cercano a nosotros, y sentirlo cercano. Dejar que él se haga tierno, que nos acaricie".[3]

Estas palabras del Papa son particularmente apropiadas por el tiempo litúrgico de la Navidad, que nos invita a contemplar, adorar y amar al Niño Jesús, que viene para encontrarnos a cada uno de nosotros en un tierno abrazo. Dejémonos guiar por el ejemplo luminoso de nuestro santo Padre Fundador.

Relata el P. Tusino: "Hacía falta verle (al Padre Aníbal) cuando llevaba al Niño Jesús en procesión por toda la casa el 2 de febrero, en la clausura de las fiestas navideñas. Entre una oración y la otra, entre una estrofa y la otra, lanzaba gritos de entusiasmo y de amor: ¡Que viva el Niño Jesús, que viva el encarnado Verbo del Padre, que viva el Hijo de la Madre Inmaculada, que viva la delicia de nuestros corazones, el enamorado de nuestras almas!... La letanía se alargaba cuando más y cuando menos, y todos a renovar el grito y a batir palmas".[4]

El Papa Francisco relaciona este anuncio del amor tierno y misericordioso de Dios a otro mensaje, del todo consecuencial: el amor y la cercanía que cada uno de nosotros está llamado a tener, especialmente para con los pobres y enfermos. También en este caso las palabras y los gestos del Santo Padre están en perfecta sintonía.

Queremos acoger esta invitación con una gran apertura de mente y de corazón, conscientes que nos pertenece particularmente, porque el carisma que nos fue confiado, el Rogate, nació para los pobres y en medio de los pobres. Los pobres, por tanto, son

---

[1] La Alegría del Evangelio, n. 3.
[2] Omelie del mattino, Editrice Vaticana, (2013), p. 25. La traducción es nuestra.
[3] Omelie, l.c., p. 2017.
[4] TUSINO T., Anima del Padre – testimonianze, (1973), p. 248.

nuestro camino para conservar vivo el don del Rogate, como nos dice el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica "La Alegría del Evangelio", testimoniando la condición de pobreza de la familia de Nazaret:

"El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre» (*2 Co* 8,9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotros a través del *«sí»* de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. *Lc* 2,24; *Lv* 5,7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan".[5]

También nosotros, en los pobres, estamos llamados a descubrir a Jesucristo, "a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos".[6]

Estimados hermanos, recorrimos juntos la mitad del camino de este sexenio y, como prevé nuestra normativa, empezamos el trabajo de preparación del próximo Capítulo General. Queremos participar, en las maneras previstas, a esta importante cita de nuestra Familia Religiosa.

El año que viene, además, celebraremos el 10° aniversario de la canonización de nuestro Fundador, San Aníbal María Di Francia.

Debemos, antes de todo, bendecir y dar gracias al Señor por habernos dado, a nosotros y a la Iglesia, este gran santo.

En la iniciativa que tomamos para que sea proclamado Patrono de las Vocaciones comprobamos que los que llegan a conocerle quedan fascinados por su persona, sus virtudes y su santidad. En el mismo tiempo tenemos mayor conciencia de que nuestro Fundador espera ser conocido más ampliamente en toda la santa Iglesia. Será nuestro compromiso, pues, promocionar, especialmente en los lugares en que somos presentes, su conocimiento y su culto.

Sintamos el deber de hacerlo en la conciencia de que su persona transmite en el modo más evidente el carisma del Rogate, que caracterizó toda su existencia.

Vivamos este tiempo de Adviento en la espera y en el compromiso para preparar un corazón renovado para recibir a Jesús que viene a visitarnos. Pidamos a la Virgen Inmaculada, especialmente en el día de su fiesta, que nos otorgue este don.

Con este deseo, y la gratitud en el corazón para cada uno de vosotros, por vuestra consagración y vuestro ministerio, os saludo con afecto en el Señor.

(P. Angelo A. Mezzari, R.C.J.)
Superior General

[5] AE, 197.
[6] AE, 198.